

precipitadamente un gran alboroz rojo, cuyo capuchón destacaba divinamente su pálido rostro.

Al llegar á la calle de Amsterdam, y después de hacer algunas preguntas á la portera, Didier y Lucila subieron deprisa la escalera. El gas estaba apagado, la casa silenciosa.

Detuviéronse en el cuarto piso y llamaron á la puerta.

Nadie respondió á su primer llamamiento. Entonces se acordó Didier de que tenía una llave de la habitación; la introdujo á fuerza de tanteos en la cerradura y abrió.

No se oía ruido alguno. No se veía ninguna luz.

Pasó el primero, y llevando de la mano á Lucila, la guió en la oscuridad hacia la sala.

Marcela no estaba allí.

Al buscar la puerta de la alcoba tropezaron con un velador, que cayó al suelo.

Marcela debía haber oído aquel ruido. ¿Por qué no salía á su encuentro?

¿Estaría dormida?

No; la inquietud, el dolor, la tenían despierta indudablemente.

Didier continuaba buscando la puerta de la alcoba, gritando:

—¡Marcela, Marcela, soy yo!

Nadie respondía.

Por fin encontró el picaporte, abrió, miró al interior, y dió un grito.

XXI

En el momento en que Marcela llevaba á sus labios el veneno que, desesperada, loca de dolor, la hemos visto apoderarse, oyó un campanillazo, y poco tiempo después, pasos en su habitación.

Era Didier que volvía, no podía dudarle, y aquella vuelta prevista por ella no debía impedirle para ejecutar su terrible proyecto.

Sin embargo se detuvo.

—¿Y si no viniese solo?... ¿Y si hubiese encontrado á su Luisita? ¿Y si la traía su hija?

Esperaba sonriendo, burlándose de sí misma, porque ya no tenía esperanzas, ya no creía en nada.

Pero podía aguardar un minuto más, sufrir otro poco.

El minuto había transcurrido. Didier aca-

baba de aparecer en el dintel de la puerta. Detrás de él, en la sombra, creyó percibir á Lucila.

Luisa no estaba con ellos.

Entonces levantó bruscamente el brazo y acercó á sus labios el frasco.

Didier lo comprendió, y lanzándose hacia ella, la dijo:

—Desgraciada; ¿qué vas á hacer?

—¡Morir!—respondió con exaltación.—¡Morir, puesto que ella ha muerto para mí!

Didier la cogió la mano, abrió con fuerza sus dedos crispados, se apoderó del frasco, lo tiró sobre el mármol de la chimenea, contra el que se rompió, y atrayendo hacia sí á Marcela, y mirándola con fijeza, la dijo:

—¡No tienes el derecho de matarte! ¡yo te lo prohibo!

Lucila se había acercado; abrazó á Marcela y la dijo con dulzura:

—Didier tiene razón. No debes morir, sino vivir para buscarla.

—No la encontraremos—respondió la desgraciada madre.

—¿Quién sabe?—dijo Didier.

—Tú mismo has dicho—replicó Marcela,—que nos la han robado, que éramos víctimas de tus enemigos; y tú sabes que son implacables.

Lucila iba á hablar.

Didier la detuvo con un gesto enérgico, y contestó alzando la voz:

—Pues bien; sí, yo lo he dicho, lo creo, estoy seguro de ello. Pero seríamos unos cobardes, ¿lo oyes bien? muy cobardes, si no lucháramos contra ellos, si no tratásemos de confundirlos y aplastarlos. ¡Ah! yo he podido ceder cuando se trataba de mi carrera, de mi arte, de mis intereses: me he declarado vencido y he inclinado la cabeza. Ahora es á mi hija á quien voy á defender, á arrancársela de sus manos, á reconquistarla. Quiero vivir para buscarla, para libertarla, para estrecharla en mis brazos. Deseo vivir para encontrar á mis enemigos, luchar con ellos, vencerlos y vengarme.

Marcela le miraba asombrada. Aquel hombre rubio, de facciones delicadas y casi femeninas, guapo, demasiado perfecto acaso, y cuya mirada no dejaba traslucir las emociones que experimentaba, parecía metamorfoseado. No era ya el compañero de sus juegos, dispuesto á ceder, á satisfacer sus menores caprichos; el prometido que, sin quejarse, había recibido la noticia de su matrimonio; el artista deseoso de agradar al público, gozoso con sus éxitos y entristecido con sus fracasos; el

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

amante tímido y cariñoso que se doblegaba á todos sus deseos; era un hombre de vibrante voz, de gesto enérgico, fuerte, amenazador, dispuesto á herir, terrible.

Y mientras ella le miraba, continuó diciendo:

—¡Ah! si nuestra hija se hubiese muerto, acaso dejase que te reunieras á ella, á condición de morir yo también contigo. Sí, nuestra vida se resume en ella; viviremos para ella y por ella; tenemos el derecho de reunirnos con ella; pero no ha muerto, ¡nos la han robado! ¿Y quieres dejarla abandonada á los miserables que nos la han quitado? Sería declararnos vencidos, renunciar á la lucha, y sin fuerzas para vencer, renunciar á una existencia que está consagrada por completo á nuestra hija. ¿La ves? ¿La oyes? Nos tiende sus bracitos gritando: «¡Socorro! ¡Socorro!» Pobre hija mía! Está al lado de esa miserable mujer que ella desconoce, lejos de ti, lejos de mí, lejos de nuestras sonrisas, de nuestros besos, de nuestros corazones. Y llora, llama á su madre y la obligan á que se calle, la pegan tal vez...

—¡Calla, calla ya! ¡Te lo pido por favor!— exclamó Marcela, arrojándose en los brazos de Didier.—¡Estaba loca! ¡no quiero ya morir! ¡Hija mía, perdóname!

Cuando se hubo tranquilizado, Didier la atrajo hacia sí, y después de acusarse de no haber tenido energía al sentir aquel primer dolor, de haber sido causa en cierto modo de aquel momento de debilidad de Marcela, trató de estudiar la situación con sangre fría, y trazar, de acuerdo con Marcela y Lucila, el plan de conducta que habrían de seguir resueltamente los tres.

Hablaron largo tiempo, ó más bien, Didier hablaba y las dos jóvenes le escuchaban en silencio, aprobando de cuando en cuando con el gesto y con la voz. Pocos minutos antes, ya lo hemos dicho, á Marcela le había sorprendido la transformación física que se había operado en él, al notar la varonil energía dibujada en su semblante; ahora le encontraba en lo moral tan firme, tan enérgico como en lo físico.

Marcela le había amado sin conocerlo; después de conocido le iba querer más. Ahora comprendía que aquella naturaleza delicada, tímida, casi débil de ordinario, sacudía su languidez cuando las circunstancias lo exigían, y se mostraba tanto más activo y resuelto, cuanto que no había consumido sus fuerzas en las mil pequeñeces de la vida.

¡Qué mal le había juzgado! En esos momen-

tos en que las mujeres, condenadas demasiado á la inacción, dejan á su imaginación errar por los espacios, en esos días de cansancio moral en que es uno severo aún con sus amigos más íntimos, se le ocurría decir que el barón de Prades pudiera ser que hubiese legado su ligereza y su indiferentismo á Didier. ¿Cómo había llegado á hacer aquel juicio? Para ella, por eso se había inclinado pacientemente ante la voluntad del señor de Couëdic. ¡Qué injusticia! No había nunca afirmado, como en esta ocasión, su entereza y su grandeza de alma. Antes que condenarla á la pobreza, había sabido vencer su dolor, dominar su pasión. Y más tarde, en la madurez de su juicio, en pleno éxito y en plena gloria, había sido discutido, puesto en duda, y hasta negádosele todas sus facultades; cuando había sido blanco de las injurias del público, del duro tratamiento de la prensa, ¿no se había atrevido ella á acusarle de excesiva paciencia? ¡Otra nueva injusticia! ¿Puédese andar en discusiones con la prensa? ¿Puédese razonar con ésta y con el público? Se la puede decir: «¡La prensa comete un error, yo tengo talento!» El artista, el verdadero artista, se calla y espera. Es una debilidad quejarse, darse aire de víctima de la suerte, gritar contra la persecución. El hom-

bre verdaderamente fuerte, cuenta con el porvenir para vengarse.

Ahora ya leía de corrido en el corazón de Didier. Él mismo acababa de revelarse á ella; estaba dotado de todas las grandes cualidades que deben adornar á un varón: la calma y la resignación, cuando es inútil é imprudente luchar, la voluntad reflexiva é inquebrantable, la sangre fría, el ímpetu y el valor cuando llega la hora de despertarse, cuando se puede coger un arma, defenderse y atacar.

Estas reflexiones la llevaban á evocar los recuerdos de su infancia, y se asombraba de que el pasado no la hubiese servido para comprender y explicarse el carácter de Didier. Se veía ahora con él en la bahía de Saint-Brieuc, en su playa favorita: la mar estaba tranquila como un lago, y sin embargo, tenía para entrar en ella las mismas vacilaciones, la misma timidez que Marcela; no se alejaba de la playa, y parecía tener miedo á perder pie. Los que le miraban desde la orilla y no le conocían, se burlaban de aquel mozo tan temeroso. Pero al día siguiente soplabá el viento, la mar mugía, las olas eran amenazadoras. Nadie se atrevía á bañarse. Entonces Didier, á la vista del peligro, excitado por él, se tiraba al mar, luchaba contra las olas y desafiaba su

cólera. Tal como se había mostrado otras veces, lo mismo le veía hoy.

Aun estaban hablando los tres á las seis de la mañana, cuando Jorge de Saire se unió á ellos.

Iba á participarles sus reflexiones y las de sus amigos. Todos habían sido de parecer que la Prefectura de policía era la única que en aquellos momentos podía hacer investigaciones de utilidad; pero que debía estimularse el celo de sus empleados. Todo funcionario público, cualquiera que sea su valor personal, y muchas veces sin tener conciencia de ello, se muestra accesible á ciertas influencias y se ocupa con más ardor en aquellos asuntos que se les recomiendan eficazmente. Ibase, pues, sin tardanza, desde por la mañana, á trabajar cerca del prefecto de policía y de los diferentes jefes de vigilancia. Por su parte, Marcela y Didier no debían descuidar ningún paso.

Jorge había puesto su dinero y sus recursos á disposición por completo de sus amigos, y para no herir de ningún modo su susceptibilidad, muy delicada en cuestiones de dinero, tuvo cuidado de hacer que se entendiese que era á la abijada de su mujer á quien ofrecía su bolsa.

Separáronse después de prometerse que se volverían á ver antes de la tarde.

Entonces el señor de Prades exigió que Marcela descansase un poco, á fin de ayudarla después en los pasos que iba á dar.

Ella obedeció ciegamente, se tendió sobre una *chaise-longue*, apoyando la cabeza en el corazón de Didier.

XXII

Su sueño fué espantoso: su pensamiento, caprichoso y soñador, no se daba cuenta de los sucesos de la víspera. Sus miradas se dirigieron por costumbre hacia el lecho de su hija. Un rayo de sol jugueteaba en las cortinas de muselina, como si Luisa estuviese en ella y quisiera iluminar su primer sonrisa. Después escuchó un rato; ordinariamente, la niña, que se acostaba á una hora en que su madre trabajaba aún, se despertaba antes que ella, y con los ojos abiertos, muda y con mucha atención, espiaba el menor movimiento de Marcela para exclamar: «Mamá, llévame á tu cama.» Dormida aún ésta, alargaba maquinalmente la mano, aproximaba la camita de Lui-

sa á la suya, se inclinaba, la levantaba, hacía la franquear el espacio que la separaba de ella, y retirándose un poco, se deslizaba suavemente entre las sábanas. Al momento la niña rodeaba con los brazos el cuello de su madre, la besaba ansiosamente y se confundían las dos, se enlazaban, por decirlo así, la una en la otra, del mismo modo que si no tuviesen más que una sola alma, un solo cuerpo. Luisa, ya del todo despierta, decía en su graciosa charla mil cosas á Marcela, y ésta la escuchaba con embeleso, respiraba su fresco aliento, besaba sus cabellos, cuyos bucles sedosos y perfumados acariciaban su cara y se animaba al calor de aquel ser amado, tibio y tembloroso.

¡Qué hermoso despertar! ¡Qué radiante madrugada!

Aquel manantial de vida y de caricias íntimas la daba valor bastante para soportar las tristezas del resto del día.

De repente Marcela se acordó y dió un grito: la cama estaba desierta, la casa estaba vacía, la niña no estaba en ella.

Pero Didier, no contento con haber estado velando el corto descanso de Marcela, se hallaba á su lado para proteger su despertar. No la dejó la libertad de entristecerse ni de desesperarse.

—Levántate—la dijo.—Ha llegado el momento de empezar nuestras pesquisas.

Ella le miró, comprendió su pensamiento, y le obedeció como el día antes.

Mientras reparaba el desorden de su traje y se ponía un vestido oscuro que guardase relación con el duelo de su corazón, gruesas lágrimas se desprendían de sus ojos y la cegaban por momentos.

Y era que cada paso, cada movimiento, cualquier objeto, la recordaban el tiempo, tan inmediato aún, en que Luisa llenaba la casa con sus risas y sus juegos. Sobre una silla del gabinete yacía medio desnuda su muñeca favorita. En el salón se veía la cena destinada á ella, colocada en una mesa de un pie de alto, y la pobre madre se acordaba que la víspera, al salir para los Campos Elíseos, la había dicho la niña: «Mamá, pongo la mesa para comer con mi muñeca cuando vengamos.»

¡Pero la pobre no entró en su casa!

Bien pronto Marcela estuvo preparada; se juntó con Didier y salió con él. La asistenta acababa de llegar; la dieron orden de no menearse de la casa y recibir á las personas que pudiesen venir á pedir detalles ó trajesen alguna noticia.

El primer cuidado de Didier, al bajar por la

calle de Amsterdam, fué comprar periódicos; creía encontrar en ellos el suceso acaecido el día antes en su hogar. No eran menos importantes que esa las demás noticias. Cuando tenemos una gran felicidad ó nos hiere una desgracia, cuando el corazón se desborda de alegría ó de tristeza, parece que todo el mundo debe adivinar lo que pasa en nuestro interior. No se admite la ignorancia, la apatía, la indiferencia de los que pasan por nuestro lado. ¡Cómol ¿yo lloro y los demás no saben por qué? ¡Me río, y no me oye nadie! ¡No tengo más que un pensamiento, y no hay quien se ocupe de él! ¡El horizonte de los demás es distinto del mío! No se puede nadie acostumar á esa idea, y en la embriaguez que padece el individuo, cree que los demás nos ven, nos comprenden, se regocijan ó sienten con nosotros.

No era así, sin embargo. La mayor parte de los periódicos guardaban silencio sobre el único suceso que interesaba á Didier. Hablaban de las carreras, del mérito del caballo vencedor, de su filiación, de su jokey, de su dueño, y traían los nombres de los personajes más importantes que se veían en el recinto destinado al peso. Describíanse con toda clase de detalles el traje de las señoras que habían estado; se contaban los más pequeños acciden-

tes ocurridos durante las carreras ó á la hora de volver. Pero de su Luisa, perdida entre aquel tropel, arrancada de los brazos de su madre, robada, no hacían mención.

Marcela y Didier se dirigieron á la Delegación de vigilancia donde habían dado parte de lo que les sucedía. No sabían nada nuevo y el asunto seguía su curso. Fueron á la Prefectura y no fueron mejor informados allí que en el otro sitio: los partes de los diversos comisarios no habían llegado aún.

Entonces, mientras Jorge y Lucila, como habían convenido, trabajaban por su lado, se decidieron á seguir sus consejos y á dar pasos cerca de las personas influyentes que conocían.

Didier se fué á casa del señor de Linois, el amigo de su padre, que en tan mala hora le había animado á abrazar la carrera teatral. Al mismo tiempo, Marcela iba á casa de un diputado á quien su marido la había presentado en otra ocasión. Vióse obligada á confesar de nuevo su falsa posición después de su viudez; pero por encontrar á su Luisa, ¿debía vacilar en hacer el sacrificio de su vergüenza?

A las dos de la tarde volvían á la calle de Amsterdam. Las personas que se interesaban en su desgracia, les habían dado el consejo de volver á ella y esperar.

¡Esperar! cuando se desea moverse, agotar sus fuerzas físicas, aniquilar el cuerpo para adormecer el pensamiento y olvidar, hacer al espíritu esclavo de la materia!

¡Esperar! ¡en la morada donde el ser querido que de ella falta ha dejado su huella inolvidable, que la ha perfumado con su presencia, donde todo la recuerda y todo hace llorarla!

La madre á quien se la muere un hijo, sale del anonadamiento en que está sumergida para vestir por última vez el pobre cadáver de su pequeñuelo, cubrirle de lilas blancas y coronas, depositar su beso postrero en sus labios violáceos y helados; después, cuando se cierra el féretro y le llevan á la iglesia, cae moribunda en los brazos de sus amigos, que aprovechan su inanición para separarla de aquellos lugares, donde acaba de sufrir tanto, donde aún sufre tan horriblemente.

La madre á quien roban un hijo no puede alejarse de su morada. Sabe que no la han arrebatado su preciado tesoro para devolvérselo; sabe que es inútil esperar en ello; no cree nada, no espera nada. Pero tiene que estar donde la han dicho que espere: es preciso que vele, que sufra, que muera en el sitio donde ha sido herida.

A las cinco, Lucila y su esposo se unieron con Marcela y Didier.

Habían dado los pasos convenidos y esperaban que obtendrían algún resultado. Al mismo tiempo Jorge había llevado á los periódicos de la noche sueltos destinados á llamar la atención de los lectores. En veinte líneas, redactadas con gran cuidado, refería el suceso acaecido la víspera, daba las señas exactas de la niña, y prometía á las personas que pudiesen dar alguna noticia sobre su desaparición, sumas proporcionadas á la importancia de los informes que suministrasen. Para que devolviesen Luisita á su madre, la recompensa era bastante grande para tentar la codicia del miserable que roba una niña para especular. En fin, se dirigía al corazón de todos aquellos á quienes el interés no hiciese mella.

No contento con publicar estos sueltos, había dirigido á los funcionarios de la vigilancia de nuestras fronteras y de nuestros puertos telegramas recomendados por un personaje influyente. Se les llamaba la atención sobre toda niña de tres á cuatro años de edad que fuese acompañada de una persona que pareciese sospechosa y tuviese gran deseo de salir de Francia.

En fin, Lucila y Jorge, ayudados por sus

amigos, habían pensado en todo, tomando todas las medidas útiles que aconsejaban las circunstancias.

Recibieron calurosas muestras de agradecimiento de Didier y de Marcela, y entraron en su casa á descansar algunas horas de las fatigas del día y de la noche precedente. Prometieron volver después para no dejarles entregados á sus recuerdos.

Cuando quedaron solos los dos jóvenes, condenados á la inacción, hablaron largo tiempo de la niña que habían perdido. ¿Dónde estaría? ¿Qué sería de ella? ¿La volverían á ver? Trataban uno á otro de darse esperanzas. Pero sus miradas, su voz no estaban de acuerdo con sus palabras. Los labios de Didier pronunciaban frases de confianza, y su corazón, en el que desde hacía tiempo Marcela se había acostumbrado á leer, decía: «Estoy desesperado. No la volveremos á ver jamás.»

A las siete de la tarde llamaron con viveza á la puerta.

Corrieron á abrir y se encontraron con un empleado de la Prefectura de policía.

XXIII

Iba con el objeto de decir á Marcela, que el prefecto la esperaba, á las ocho en punto, en su despacho.

Al momento Marcela y Didier preguntaron si había alguna noticia de su hija. El empleado no sabía nada acerca del asunto. Encargado sencillamente de dar de palabra aquel recado, no sabía más.

Una hora faltaba aún para tener aquella audiencia. Pero salieron inmediatamente de su casa y emprendieron á pie el camino para que, de este modo, no se les hiciese tan largo el tiempo.

¿Tendría el prefecto noticias que darles?

¿Acaso, conmovido por su desgracia, y teniendo en cuenta las recomendaciones influyentes que le habrían hecho en todo el día, querría dar seguridades á la viuda de Baud de su celo, y decirle que tuviese calma?

Al llegar á la plaza del Palacio acudió á su mente un escrúpulo. ¿Debía Didier presentarse